

2-B
51a

JUAN RODRIGUEZ DORESTE
BIBLIOTECARIO DEL MUSEO CANARIO DE LAS PALMAS

UN SUGERIDOR FRAGMENTO CANARIO DE LA HISTORIA DE COLON

(CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD
DE LA HABANA EL DIA 21 DE NOVIEMBRE DE 1956)

EDICIÓN CONMEMORATIVA DEL
CINCUENTENARIO
DE LA
ASOCIACIÓN CANARIA DE CUBA
1906-1956

L A H A B A N A , C U B A
1 9 5 6

Rosario
C. Mayo

JUAN RODRIGUEZ DORESTE
BIBLIOTECARIO DEL MUSEO CANARIO DE LAS PALMAS

UN SUGERIDOR FRAGMENTO CANARIO DE LA HISTORIA DE COLON

(CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD
DE LA HABANA EL DIA 21 DE NOVIEMBRE DE 1956)



EDICIÓN CONMEMORATIVA DEL
CINCUENTENARIO
DE LA
ASOCIACIÓN CANARIA DE CUBA
1906-1956

L A H A B A N A , C U B A
1956

EL PAPEL DE CANARIAS EN EL DESCUBRIMIENTO.

La gesta del Descubrimiento de América no acabará nunca de ser estudiada. Fué tal el cúmulo de circunstancias de todo orden que, como arroyos multiplicados, confluyeron en el ancho cauce de su logro prodigioso; fué tan enorme su influjo en el curso de la historia de la humanidad y de tan vasto alcance y de tan honda repercusión, que jamás habrá de saciarse la voraz curiosidad que el espíritu humano siente por conocer los infinitos aspectos de la gran epopeya. La bibliografía del Descubrimiento es ya, más que ingente, monstruosa. Apenas queda por escudriñar un archivo, por exprimir un documento. En poco menos de un siglo se han debelado miles de noticias, perdidas en la inmensa maraña de los papeles de una época singularmente atacada de verdadera fiebre escrituraria.

En la historia de Colón, y en la de sus viajes especialmente, el Archipiélago canario jugó un importante papel. La participación directa, la que pudiéramos llamar externa, de estas islas ha sido casi exhaustivamente estudiada. Pero siempre quedan zonas de sombra en el retablo, hechos insuficientemente explicados y en apariencia inconexos, raíces motivadoras o determinantes cuyas perdidas ramificaciones podrían darnos la fuente nutricia de múltiples sucesos. Por eso, como ha dicho un historiador contemporáneo, nunca será tarea estéril “el enfocar con luces nuevas lo brumoso de ciertas zonas que el propio Colón tuvo más empeño en hacer inextricables”. Aún quedan por explorar misteriosos parajes en los que se fraguaron episodios exteriormente insignificantes pero que pudieron haber tenido influencia decisiva en el curso de la historia, episodios que bien pudiéramos llamar “endógenos”. Las crónicas de la vida del hombre sobre el planeta están llenas de “narices de Cleopatra”.

de diminutos hechos que obran a la manera de ocultos fermentos de las grandes conmociones históricas. He aquí por qué, al estudiar en viejos documentos aún no agotados, los episodios de la gesta colombina vinculados al Archipiélago canario, algunos historiadores de mi tierra han creído hallar en el enmarañado revoltijo de los hechos, unos leves hilos, hasta hoy poco conocidos o estudiados, que cobran de pronto el vívido fulgor de esas hebras que hieren y revela en el aire vacío la súbita proyección de un rayo luminoso.

Estamos ahora los españoles empeñados en una de las tantas batallas que desde siglos venimos librando, no sólo por restituir nuestro buen nombre, sino, lo que vale más, por restituir y asentar firmemente la verdad histórica. Con aviesa intención se ha desfigurado el papel que nuestra nación desempeñó en la magna empresa del Descubrimiento. Esquilmada ya la leyenda negra, que va disipándose al calor de una comprensión y un conocimiento más cercanos de los hechos, se urde ahora esta otra invención encaminada a desvalorizar la aportación de mi patria a la epopeya. Asume esta maniobra dos distintas modalidades: la una consiste en idealizar excesivamente la misión de Colón, atribuyendo al nauta genial toda la gloria, toda la iniciativa, todo el valor de la gesta. La otra forma de la solapada difamación se cifra en asignar parcelas desmesuradas de la gloria a pueblos o países que apenas tuvieron arte ni parte en la obra descubridora, a costa de cercenar la genuina aportación de España. Se olvida con mucha frecuencia que el descubrimiento de América fué la empresa colectiva de un solo país: España. Fué español el eco inicial que hallara Colón, ensordecido antes en otras naciones; español el aliento, español el dinero de la empresa, españoles el músculo y la sangre, la ayuda soberana y el impulso popular, la fe y la creencia, todos los sumandos espirituales y materiales que el navegante iluminado supo conjugar con eficacia maravillosa. El Descubrimiento fué obra de España, querido por los Reyes Católicos, realizado por la inestimable colaboración de marinos españoles —Martín Alonso, Francisco y Vicente Yáñez Pinzón, Juan Niño, Juan de la Cosa, etc., etc.— secundado por todo un pueblo marineroy hirviente de aventuras —Palos de Moguer—, todos cuyos ele-

mentos ofrecieron al genio del nauta desconocido el clima favorable en que se expandiera su poderosa intuición.

Tuvimos también los canarios nuestra buena parte en esta empresa de signo eminentemente hispano. La externa aportación material ya la revelan El Diario del Almirante, que recoge y extracta su hijo Hernando, y las crónicas del Padre Las Casas y de Fernández de Oviedo. Nuestras islas le dieron un nuevo timón a “La Pinta”, un nuevo velamento redondo a “La Niña”, víveres frescos, agua, leña y animales vivos. Pero además en nuestras islas se reforzaron las esperanzas del Almirante, porque como refiere en su propio Diario, el día 9 de Agosto de 1492, *“hombres honrados españoles que en la Gomera estaban con doña Inés Peraza, que eran vecinos de la isla del Hierro, juraban que cada año veían tierra al oeste de las Canarias, que es al Poniente, y otros de la Gomera afirmaban otro tanto con juramento”*. Dímosle también hombres, cuyo exacto número permanece desconocido, pero el hecho es evidente y bien famoso es el episodio del “Canario corredor” —“un canario velocísimo y muy valiente”— que aprehendió a la mujer de un cacique que corría como un gamo. Esta hazaña, que elogian los cronistas, revela que, al menos desde el segundo viaje, fueron al Nuevo Mundo habitantes indígenas de las islas Canarias.

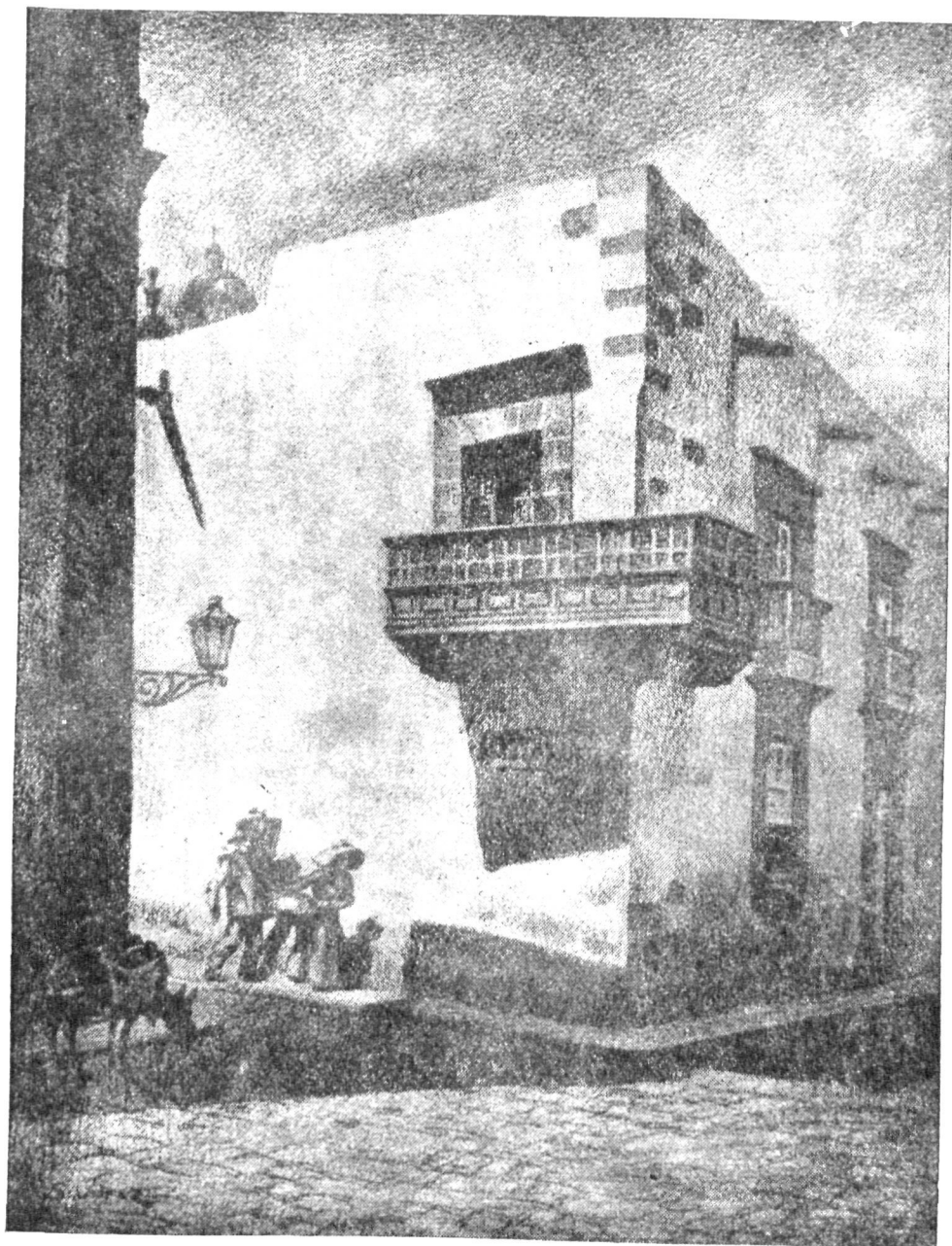
Pero hay otros muchos sucesos menos conocidos de la contribución del Archipiélago a la empresa descubridora, o si no menos conocidos, interpretados en cierto modo con insuficiente conocimiento de todas sus facetas y con menor espíritu inquiridor de todo alcance y de todas sus potenciales consecuencias. De todos ellos acotaremos hoy *un personaje y un hecho* sobre cuya significación ha revelado inédita noticia la investigación crítica más solvente de nuestras islas, en especial una obra recién aparecida de la que es autor el docto historiador canario Néstor Alamo, Director del Museo de Colón, centro de investigaciones americanistas creado en Las Palmas por el Cabildo Insular de Gran Canaria. El personaje es doña Beatriz de Bobadilla, sinestra Circe de la isla de la Gomera; el hecho, la estancia de Colón en las islas antes de su gran aventura hacia el Mar Ignoto. La obra, *“El almirante de la Mar Oceana en Gran Canaria”*. Vamos, pues, con los datos más veraces que nos suministran los cro-

nistas del Archipiélago y sus comentadores y críticos posteriores, a reconstituir uno de los períodos “endógenos” del Descubrimiento, un cuadro que se insertó hasta ahora en el grandioso fresco de la epopeya colombina como una de esas zonas brumosas en que pareció complacerse el propio Colón al historiar su vida, una zona de sombras como la de su furtiva salida de Portugal, y que de pronto, cual una gota de agua a la luz del microscopio, va a tomar ante nuestros ojos la viva pululación de una colonia de infusorios.

BREVE CUADRO HISTORICO DEL ARCHIPIELAGO CANARIO.

Para ambientar debidamente el escenario donde se desenvuelve el “curriculum vitae” de estos personajes y de estos sucesos, permitidme que os trace previamente a grandes rasgos que no oculten lo sustancial de la historia, un cuadro de la conquista por las Armas de Castilla de las siete islas de la Gran Canaria, como llamaban al Archipiélago los cronistas de la época.

Aunque la existencia de las islas Canarias era conocida con mayor o menor exactitud desde tiempos bien remotos, tan sólo hasta los últimos años del siglo XIII y principios del XIV arriban a sus playas acogedoras los primeros aventureros que dan noticia cierta y escrita de su situación geográfica. Como ha observado justamente el doctor René Verneau, el archipiélago ha sido una de las comarcas del globo cuyo pasado ha provocado más apasionadas controversias. Su origen geológico, especialmente, levantó hasta casi nuestros mismos días una verdadera corriente de opiniones contradictorias. Numerosas teorías han tratado de explicarlo, desde la que lo estima resto superviviente de la Atlántica desaparecida, siguiendo a Platón en sus famosos diálogos *Critias* y *Timeo*, hasta las que afirman que las islas están formadas íntegramente por acumulaciones efusivas volcánicas. La teoría hoy más en boga es la que supone a las islas emergidas lentamente por erupciones volcánicas que ocasionaron su aparición sobre la superficie del mar en el período Terciario, en el Mioceno, aproximadamente en la misma época en que ocurrió la surrección de los Alpes. La mayor parte de las teorías



Casa del barrio de Vegueta, en Las Palmas de Gran Canaria, que ocuparon primitivamente los Gobernadores de las Armas de la isla, donde hoy se halla instalado el Museo - Casa de Colón, centro de estudios atlánticos. (Grabado de la obra "El Almirante de la Mar Océana en Gran Canaria").

tienen algún fundamento en un concreto aspecto de la realidad tectónica de las islas. La indiscutible verdad es que el aspecto actual de las mismas, su relieve exterior, sus facies física, su paisaje quebrado y variadísimo, han sido exclusivamente determinados por erupciones volcánicas, algunas muy recientes, muchas de ellas recogidas históricamente —recordemos incluso la observación de Colón en su primer viaje sobre “*el gran fuego de la sierra de Tenerife*”—. Sobre esta accidentada topografía han actuado luego los fenómenos naturales de erosión y finalmente la ingente labor de los hombres que han creado ese vergel artificial que son hoy las islas Afortunadas.

LAS PRIMERAS NOTICIAS ESCRITAS.

Del conocimiento de las islas anterior al siglo XIII hay pruebas fragmentarias e incompletas en publicaciones de diversa especie. Las primeras visitas que hubieron de hacer los fenicios y otros pueblos navegantes más antiguos dejaron las leves huellas de unos pocos objetos —abalorios y cerámica— de origen mediterráneo hallados en algunas excavaciones arqueológicas.

Numerosos autores pretenden que también las conocieron los griegos y romanos y que la Hesperia, o las islas Hespérides que describen Hesiodo, Plinio, Diodoro y otros escritores debieron identificarse con este Archipiélago.

El primer viaje de auténtica historicidad a las Islas Canarias ocurre hacia fines del siglo XIII o comienzos del XIV. Un navegante de estirpe genovesa, pero de apellido afrancesado, Lancelot Maloisel, surge en el archipiélago y descubre la isla de Lanzarote, que hoy lleva su nombre. El mapamundi de Angelino Dulcert, de Mallorca, fechado en 1339, es la primera carta en que aparecen las islas Canarias y sobre la de Lanzarote se hallan dibujadas las armas de Génova.

El episodio marítimo más destacado de esta época inmediatamente anterior a la Conquista es el viaje de Martín Ruiz de Avendaño, en 1377, arrojado a las costas de Lanzarote por una tormenta y que pagó la hospitalidad del rey indígena Sonzamas, seduciendo a su esposa y engendrándole una hija. La hazaña costó la vida al marino vascongado.

EL ENIGMA RACIAL DE LOS GUANCHES.

Digamos de paso que el origen de estos indígenas es uno de los enigmas que mayor interés ofrece a la investigación antropológica. Los marinos, aventureros y comerciantes que en los largos años que transcurren desde mediados del siglo XIII hasta fines del siglo XV recalaban en estas islas eran acogidos por indígenas de pura raza blanca, entre los cuales sobresalían unos hombres de cabellos rubios y ojos azules, de estatura tan aventajada que movía a asombro, con usos y costumbres de un raro nivel civilizado en un marco natural donde no existían los metales y por ello la existencia material tenía las mismas características que el neolítico en los pueblos primitivos.

Lástima grande ha sido que los cronistas que acompañaron a los primeros conquistadores, atentos principalmente a los hechos y gestos de sus amos y a sus luchas intestinas, nos hayan suministrado muy pocas noticias sobre la vida de las gentes que habitaban las islas. Algunos años después, sin embargo, el venerable padre Alonso Espinosa, al historiar el origen y milagros de la Santa Imagen de nuestra Señora de la Candelaria, en 1594, nos proporciona una información más detallada y verídica sobre el modo de existencia de los naturales de la isla de Tenerife. Pero la obra que mayor esclarecimiento arroja sobre la población indígena es sin duda el precioso manuscrito, fechado en 1590, de Leonardo Torriani, ingeniero cremonense enviado por Felipe II para estudiar la fortificación de las islas, cuyo original se conserva en la universidad de Coimbra.

El tipo humano peculiar al que se dió el nombre de *guanche*, y que forma el estrato inicial de la población aborigen, reúne todos los rasgos propios de la raza Cromagnon, que habitó la región francesa del Périgord. Investigaciones recientes llevadas a cabo sobre las poblaciones prehistóricas del Africa Menor han conducido al descubrimiento de un tipo étnico, la llamada *raza de Mehta-el-Arbi*, cuyos ejemplares principales han sido encontrados en Argelia, pero que debió extenderse desde la costa de Túnez al Atlántico. Se trata de una variante un poco más tosca y primitiva del grupo Cromagnon. El profesor francés Vallois ha lanzado la hipótesis de que esta raza es el origen de los guanches

canarios, ratificando su aserto el descubrimiento, cerca de Rabat, del eslabón que faltaba para explicar la posible expansión de la misma. Estos trogloditas serían, pues, los primeros pobladores del Archipiélago, a donde arribarían llevados por su espíritu viajero o empujados por la presión de los pueblos neolíticos. En apoyo de esta teoría se cita el hallazgo cerca de Valencia de un frontal humano igual al del cráneo guanche. Con estos datos puede afirmarse que entre los pobladores de Canarias y algunos de los elementos de la población española del Paleolítico existe un estrecho lazo y que una sola raza se difundió entonces por ambas orillas del Mediterráneo, rebasando el Estrecho y llegando a las Canarias.

En las islas existen también restos de una raza mediterránea de origen semítico, que debió llevar al archipiélago su cultura y su lengua, sus usos funerarios, su práctica de la momificación, su cerámica y finalmente sus hábitos agrícolas, pues los hombres primeramente arribados sólo practicaban el pastoreo.

EL IDIOMA DE LOS INDIGENAS CANARIOS.

El idioma también ha despertado gran número de discusiones. Sólo ha podido estudiarse a través de los nombres de lugares, de algunos apóstrofes, de la desfigurada fonética de algunos utensilios, y de dos poemas recogidos oralmente en Gran Canaria y Hierro. La opinión más generalizada es la de atribuirle un origen bereber, es decir, el idioma hablado por los habitantes de la zona montañosa de la cercana Mauritania.

Resulta curioso recordar la historia de un apóstrofe famoso que sirvió de base al profesor Marcy, del Instituto de Altos Estudios Marroquíes de Rabat, para establecer con seguro instinto de consumado lingüista la filiación del idioma que empleaban los nativos de la isla de La Gomera.

Era Señor de esta isla, por título que le confiriera su madre y Señora Doña Inés Peraza, el caballero español Hernán Peraza, figura de la que luego habremos de ocuparnos extensamente al entrar en el cogollo de nuestro relato. Sostenía éste ilícitas y clandestinas relaciones amorosas con una princesa guanche, la

gentil Iballa, con la que todas las tardes se reunía en una gruta natural de las que tanto abundan en las islas. Servía de pretexto para las furtivas escapadas del castellano amoroso la visita a unos predios agrícolas que poseía no muy lejos de su castillo solariego. Hernán Peraza era tiránico y soberbio. Gran parte de la isla se hallaba en permanente rebeldía ante sus despóticos modos de gobierno. Nada tiene, por ello, de sorprendente que al descubrir los bien celados encuentros del Señor español con su amante nativa los guanches insumisos le tendiesen una emboscada con la colaboración de los padres de la muchacha. Hernán Peraza trató de huir disfrazado con las ropas de su amante. Pero al ver ésta que lo perseguían, le gritó desde lejos, en dialecto gomero, una frase cuya fonía más o menos desfigurada, y que recogieron los cronistas de boca del escudero superviviente, decía así: "*Ajelilos juxaques aventamares*". La traducción que insertan los escritores que la recogen y la que, con puro sentido idiomático bereber, ha hecho Marcy, coinciden casi textualmente: "*corre, huye, éstos vienen por ti*". El tirano fué muerto a pedradas y aunque su muerte fuera luego vengada de un modo implacable y desmesurado, sirvió al menos para que la ciencia lingüística haya descornado una parte del velo de misterio que cubre el origen, la existencia y el arribo a estas islas de sus antiguos moradores.

LOS CANARIOS NO CONOCIAN LA NAVEGACION.

Y decimos el misterio de su arribo porque una de las incógnitas aún no despejadas que plantea el advenimiento de la población indígena es la de los medios físicos o instrumentales de su llegada. Coinciden los escasos datos que hasta ahora han permitido obtener los novísimos métodos de la cronología prehistórica —concretamente el Carbono 14— en que los vestigios de la cultura canaria no se remontan a más de 3000 años antes de Cristo. En el relativamente corto período que va desde su aportación a las islas hasta las primeras noticias históricas fidedignas de mediados del siglo XIV, los canarios habían olvidado por completo la práctica de la navegación. Ni un solo esquife rudimentario ha sido hallado en todo el Archipiélago. No existía aparentemente relación marítima alguna entre las distintas islas. El mar, que tan cósmico influjo habría de obrar luego en todos

los aspectos de la vida del Archipiélago, en su existencia material y en su vida espiritual, en su yantar y en su cantar, no ofrecía al indígena ninguna incitación huidora, ningún mágico camino de evasión. Y sin embargo los canarios eran unos excelentes nadadores. “*Nadaban como pejes*”, dicen los cronistas. Aptitud racial que aún siguen conservando los canarios de hoy, reiterados campeones de España, que ilustran sus proezas de hogaño con muchas bellas leyendas natatorias de antaño.

LA LEGENDARIA BRAVURA DE LOS ISLEÑOS.

Ello quiere decir que eran —según los califica el Doctor Verneau— hombres ágiles, llenos de bravura, que tenían en alta estima el valor guerrero. En la época de la conquista pudieron apreciar bien los europeos cómo brillaban esas cualidades en un pueblo de pobres pastores convertidos en héroes cuando se trataba de defender la independencia de su patria. Las mujeres les secundaban dignamente. Cuentan los capellanes de Bethencourt que habiéndose apoderado los soldados del normando de algunas mujeres en una gruta de Fuerteventura, vieron cómo una de ellas estrangulaba a su propio hijo para impedirle que cayera en manos de los invasores. Y bien conocido es el episodio del rey de Telde, Bentejuí, caudillo postrero de la resistencia en Gran Canaria, que se precipitó por un pavoroso acantilado, lanzando el famoso grito de *¡Atis tirma!*, antes de sufrir la humillación de la derrota. Y no menos famosa es la historia del caudillo palmero Tanausú, vilmente engañado por los conquistadores en una artera entrevista, que se dejó morir de hambre en la travesía a España, poniendo un lejano y guanche antecedente a la célebre huelga del hambre del irlandés Alcalde de Cork.

ETAPAS DE LA CONQUISTA.

Los primeros intentos de conquista del Archipiélago datan de la bula del papa Clemente VI, fechada en 1344, que las convierte en reino y las concede al príncipe Luis de la Cerda, Almirante de Francia, conocido por el *Infante Fortuna*. Pero el príncipe Luis no pudo posesionarse de sus islas, las “*noveyllament trobades*”, como las llaman, por oponerse los reyes de Castilla. Y

es, en efecto, uno de ellos, Enrique III de Trastámara, quien auspicia la primera seria y fructífera expedición conquistadora a las islas. Juan de Bethencourt, señor de Granville-la-Teinturière, barón normando, personaje modernamente retratado con negros perfiles, cruel, pirata, mal esposo, y además, "gafó" o leproso, acompañado de su amigo Gadifer de la Salle, conquista Lanzarote. Rinde pleito homenaje al Rey de Castilla que en Enero de 1403 le nombra Rey de Canarias, con carácter feudatario. Entre los años 1402 y 1405 se someten las cuatro islas de Lanzarote, Fuerteventura, Gomera y Hierro. Los episodios de la conquista normanda se recogen en el manuscrito de los capellanes Pierre Boutier y Jean Le Verrier, titulado "Le Canarien", y cuyo original, que perteneció a Felipe el Bueno, Duque de Borgoña, se custodia hoy en el Museo Británico de Londres. Es el más precioso, más antiguo y mejor conservado de los documentos que ilustran la conquista del Archipiélago canario, realizada, como decimos, en el largo período que va desde 1402, en que se somete Lanzarote, hasta 1496 en que el Adelantado Don Alonso de Lugo consumó la rendición de Tenerife. La conquista de la isla de Gran Canaria la comienza el Capitán aragonés Juan Rejón —fundador el 24 de junio de 1478 de la ciudad de Las Palmas, mi ciudad natal,— de quien luego volveremos a hablar, y la remata el Capitán andaluz Pedro de Vera, cuya memoria mancha siniestramente su abominable conducta con los naturales del país.

LA BELLA LEYENDA DE TENESOYA.

Antes de diseñar la filiación y el cuadro existencial de los personajes que forman el mundo humano circundante de Doña Beatriz de Bobadilla, permitidme una breve digresión lírica para evocar un bello episodio cuyos exactos perfiles históricos cobran a través de la glosa poética ese nimbo de irrealidad, o de realidad mágica, difuminado, lejano y tembloroso, de una verdadera leyenda: la vida de Thenesoya Vidina, la princesa canaria.

La princesa Thenesoya fué hija del Faicán de Telde, y sobrina del Guanarteme de Gáldar. Su prima, con quien vivía y se había criado, fué la princesa Masequera, heredera del

Reino de la Gran Canaria, (la futura Doña Catalina de Guzmán), con cuya entrega finalizó el 29 de Abril de 1483 la conquista de esta isla. Al amanecer de un día claro, descendía Thenesoya por los arriscados senderos de la costa para tomar, blanca y desnuda, su baño marino. Pero en los tupidos matorrales de la playa hallábanse escondidos, en busca de buen botín humano, las gentes marineras que en sus navíos llevaba, de regreso a Lanzarote, el señor de aquella isla, Don Diego de Herrera. Un juglar anónimo nos describe el suceso en dos jugosas octavas que transcribiera a fines del siglo XVII el Alférez Mayor de Gran Canaria, Don Pedro Agustín del Castillo, autor de una *“Descripción histórica y Geográfica de las Islas Canarias”*.

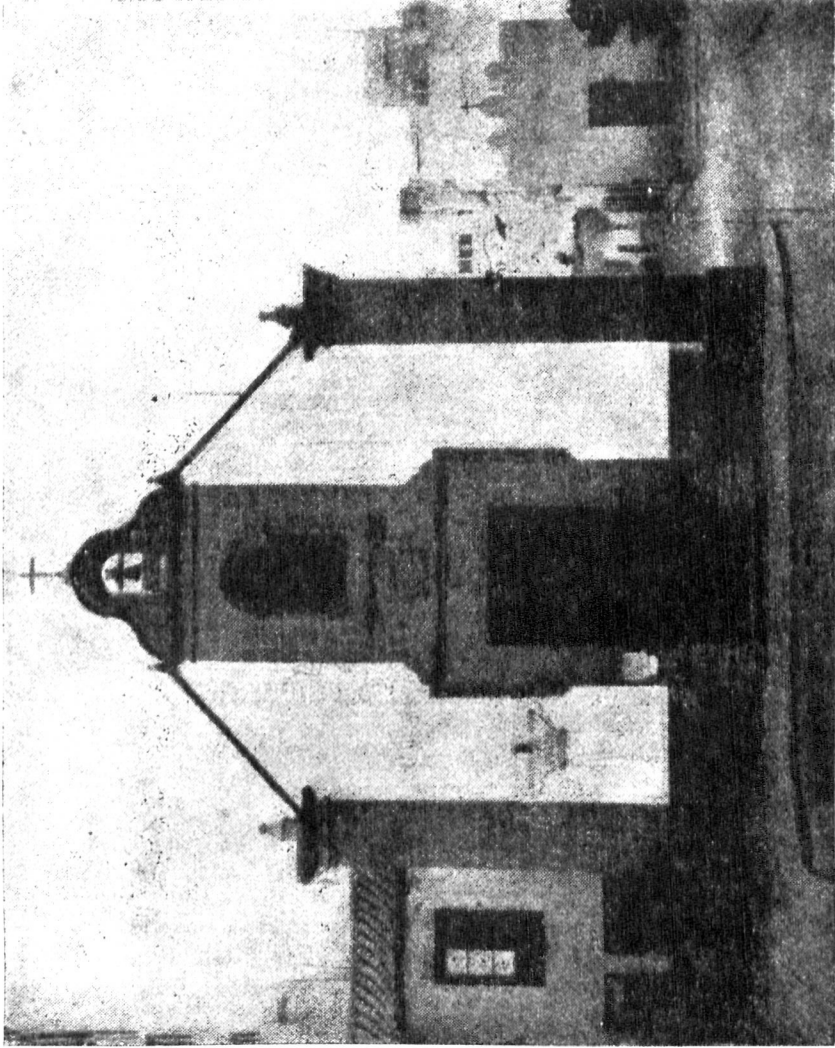
Estándose bañando con sus damas
de Guanarteme el Bueno la sobrina,
tan bella, que en el mar enciende llamas,
tan blanca, que a la nieve más se empina,
salieron españoles de entre ramas
y desnuda fué presa en la marina:
y aunque pudo librarse, cual Diana,
del que la vió bañar en la fontana,
partir se vió la nave a Lanzarote,
donde con el santísimo rocío
la bañó en nueva fuente el sacerdote;
de dó salió con tal belleza y brío
que con ella casó Monsieur Maciote,
que el noble Bethencourt era su tío:
y de estos dos, como del jardín flores,
proceden los ilustres Betancores.

La princesa se convierte en Luisa de Betancor, con casa y fogón en Lanzarote. Su tío, el desconsolado Guanarteme canario, gestiona ávidamente su rescate y ofrece en trueque ciento trece cristianos que guarda prisioneros. Doña Luisa se presta al canje con el secreto designio de tornar subrepticamente a su esposo y dueño, cuando pasen quince noches. Acceden todos de buen grado a la bien urdida maniobra porque —cuenta el cronista Fray José de Sosa— sabían que no habría de *“faltar a su trato y palabra, néctar con que se había amamantado desde los gentiles pechos de su canaria madre”*. Consumado el canje, una noche la

Princesa se levantó sigilosa, abrió la puerta de la casa de su tío en que moraba, —lo diremos con las mismas palabras del cronista Sedeño—, “*que era muy pesada y que en abriéndola hace mucho ruido y pasó por los perros que tenían fuera y eran muy bravos, y la puerta no hizo ruido ni los perros ladraron, que todo se abrió con mucho misterio*”. La huída de su sobrina con los cristianos hirió de muerte al viejo Rey. Y apostilla el padre Sosa, con rara sabiduría: “*Quien se empeña en amar, se empeña por la cosa amada en padecer*”. Doña Luisa enviudó pronto y acabó sus días en la Villa de Gáldar, disfrutando los honores, duramente reivindicados, que correspondían a su pro-sapia doblemente ennoblecida.

LA CONQUISTA DE LAS ISLAS SEÑORIALES. UN ROMANCE DEL 400.

Juan de Bethencourt, el barón normando que ocupara las islas llamadas de señorío: Lanzarote, Fuerteventura, Gomera y Hierro, enzarzado en agria disputa con su esposa, abandonó las islas de su reinado por el año 1406, delegando en manos de su sobrino Maciot de Bethencourt, abuelo del futuro esposo de la princesa Thenesoya, los asuntos del Gobierno de las mismas. Autorizado por su tío, Maciot de Bethencourt vende en Sevilla el Archipiélago canario a Don Enrique de Guzmán, Conde de Niebla, otorgándose la escritura de venta el 15 de Noviembre de 1418. Los derechos sobre el Archipiélago son luego cedidos a Guillén de las Casas, de Sevilla, de quien a su vez los hereda su yerno el primer Fernán Peraza. Mientras tanto los portugueses, amparados en el derecho de otra venta de que fué beneficiario el Rey Don Enrique El Navegante, perturban de continuo la pacífica posesión del Archipiélago hasta que el pleito se zanja en favor del Rey Don Juan II de Castilla, padre de Isabel la Católica. El dominio señorial de las islas en aquellos confusos años del Cisma pontificio es todavía difícil de perfilar exactamente, pero al fin viene a manos de Doña Inés de las Casas o Doña Inés Peraza, casada con Don Diego García de Herrera, quienes ceden a los Reyes Católicos, como islas realengas, el derecho a las tres, La Palma, Tenerife y Gran Canaria, todavía inconquistadas. El hermano de Doña Inés, Guillén



Iglesia de San Antón Abad, emplazada sobre la que visitó Colón en sus estancias en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. (Cortesía de la Casa de Colón).

Peraza, murió en un vano intento de conquista de La Palma y su muerte originó un bellissimo romance que hasta fines del siglo XVII se cantaba en las islas, y que es el primer monumento literario de su historia.

Llorad las damas,
si Dios os vala;
Guillén Peraza
quedó en La Palma
la flor marchita
de la su cara.
¡No eres palma:
eres retama,
eres ciprés
de triste rama;
eres desdicha
y fortuna mala!
Tus campos rompan
tristes volcanes;
no vean placeres
sino pesares;
cubran tus flores
los arenales.
Guillén Peraza,
Guillén Peraza,
¿Dó está tu escudo,
dó está tu lanza?
¡Todo lo acaba
la mala andanza!

HERNAN PERAZA Y LA MUERTE DE JUAN REJON.

Y llegamos con esto al señorío de Hernán Peraza, primer esposo de Beatriz de Bobadilla. Hernán Peraza era uno de los hijos de Doña Inés y Don Diego, de quienes hemos hablado. Al morir Don Diego de Herrera, su padre, le correspondió el señorío de Hierro y Gomera. Hombre irascible, imbuído de una arisca soberbia feudal, ejercía su gobierno en forma tan despótica que era causa de permanente disputa y rebeldía entre sus vasa-

llos. La isla de la Gomera, en que tenía su Casa-fuerte, se hallaba profundamente dividida. Una buena parte de los isleños odiaba entrañadamente al tiranuelo feudal, al paso que otra fracción de los insulares, sin duda por razones de cercanía o imperativos de miedo, le era más aparentemente fiel. En la enconada rivalidad que enfrentó a los dos sucesivos capitanes de la conquista de Gran Canaria, el aragonés Juan Rejón y el andaluz Pedro de Vera, Hernán Peraza había tomado partido por el sanguinario Vera, en parte como consecuencia de la amistad y protección que sus padres brindaron al Dean Bermúdez, adversario de Juan Rejón, y en parte también como secuela de la seria refriega que en el propio feudo lanzaroteño de los Herrera, padres de Hernán, había éste sostenido con el caudillo aragonés cuando fuera a aquella isla a demandar ayuda para la conquista de Gran Canaria.

Juan Rejón, el gallardo caudillo protector de los indígenas, cuyo nombre resplandece en nuestra historia con timbre tan claro como empañado el de Pedro de Vera, fué un hombre de signo vital malhadado. Dos veces estuvo en Gran Canaria de Capitán de las armas castellanas. Otras dos veces fué destituido. Logró nuevamente recuperar el favor de los reyes, que le otorgaron la elevada merced de conquistar la isla de La Palma. Pero un hado adverso seguía soplando implacable la nave de su destino. Al encaminarse hacia el lugar de su nuevo empeño conquistador, el soplo de la fatalidad tomó forma de vendabal desatado. El navío en que viajaba en compañía de su esposa y de sus cuatros hijos, se vió obligado a refugiarse en las costas de la Gomera, el feudo de su implacable enemigo Hernán Peraza. Con la ciega irreflexión que asumían en aquellos turbios años las pasiones del ánimo, el Señor de la isla ordenó a un grupo de vasallos leales que capturasen vivo o muerto a Juan Rejón. Cumplieron los criados la orden superior al pie de la letra, pues al intentar resistirse a la afrenta, el valiente militar cayó abatido por mortal lanzada. Hernán Peraza hubo de acudir a la Corte a responder de su delito, a comparecer en el proceso que se le incoara como consecuencia del asesinato de Juan Rejón. Y allí había de tropezar con la heroína de nuestro relato, con Doña Beatriz de Bobadilla, el personaje femenino de más trágico

resalte en la historia del Archipiélago canario, descubierta posteriormente a la cruda luz de la investigación histórica en toda la vertiginosa atracción de su fuerte personalidad, que de no haber sido trasplantada a escenario tan lejano y modesto como el breve Señorío feudal de la Gomera, hubiese cobrado en los anales de la humanidad el siniestro y diabólico relieve de una Lucrecia Borgia.

MARCO FAMILIAR DE LA BOBADILLA.

Para los no familiarizados con la historia de España conviene que tracemos previamente una breve descripción histórica de aquella época. Hemos dicho antes que la conquista militar del Archipiélago canario consumió el largo período que va desde el año 1402, en que desembarcaran en Lanzarote los primeros guerreros por mandato de Castilla, hasta el año 1496 en que se consuma la conquista de Tenerife. En este dilatado lapso Europa vivía una época de gran agitación. El mundo católico aparecía desgarrado por el cisma de Aviñón. Portugueses, genoveses, mallorquines, cántabros y catalanes iniciaban las primeras proezas de la navegación de altura. Los reinos de España libraban las últimas y decisivas batallas para lograr la unidad nacional. En el siglo casi completo que los indígenas canarios pasaron hostigando y luchando con los invasores, varios monarcas ocuparon el trono de Castilla. Las primeras cartas reales para la conquista de las islas canarias las otorga Enrique III, de la dinastía de los Trastamaras, advenidos al poder tras una lucha fratricida. A este monarca le sucede su hijo Juan II —el Rey poeta— enconado rival del Rey portugués Enrique el Navegante, descubridor de la Guinea. Juan II fué el padre de Enrique IV y de los infantes Don Alonso y Doña Isabel, que a la muerte de su real hermano, tan misteriosa y súbita como otras tantas ocurridas en los albores del Renacimiento, cuando el veneno zanjaba con envidiable simplicidad intrincados problemas humanos y dinásticos, había de convertirse en la muy Católica reina Isabel I de Castilla, esposa luego —tras otro intento matrimonial también misteriosamente malogrado— del Rey Fernando de Aragón, la pareja real más eficaz y gloriosa de nuestra historia, la que arrojó a los moros de su último baluarte en Granada e hizo

posible, con una fe pertinaz, ciega y abnegada, la magna empresa del Descubrimiento.

En la corte de estos Reyes vivió Mosén Pedro de Bobadilla, hombre de confianza de Juan II y guarda después de sus hijos menores Alonso e Isabel, la futura Reina Católica. Mosén Pedro tuvo tres hijos: un varón, llamado Francisco, Montero mayor de los Reyes Católicos, y dos hembras, Beatriz e Isabel. La primera fué la famosa Camarera Mayor de la Reina Isabel, ejemplo de virtud y lealtad, a la que llamaremos Beatriz de Bobadilla *la Buena*, y que, bien por artes propias o bien secundando a su esposo Andrés de Cabrera, primer Marqués de Moya, prestó a su soberana inestimables servicios, inspiró el audaz golpe de su coronación en Segovia, y fué su confidente y amiga hasta las mismas lindes de su muerte. Fué de tal magnitud su valimiento que era popular el avieso refrán: "*En Castilla gobiernan un fraile y la Bobadilla*". Y también, más conciso: "*En Castilla, después de la Reina, la Bobadilla*".

LA BOBADILLA FUTURA SEÑORA DE GOMERA.

La otra Beatriz de Bobadilla, *la Mala*, la del siniestro perfil sanguinario, la que ejerció sobre la población canaria, indígena o forastera, una fría crueldad implacable que ha motivado ser calificada por un historiador como "*el tipo perfecto de la Bestia del Renacimiento*", la futura Circe de Colón, fué sobrina carnal de la Beatriz de Bobadilla *la Buena*, hija de su hermano Francisco de Bobadilla, el Montero Mayor de la Reina. Sin duda por esto la llamaron "*la Cazadora*". Creció y se educó en la Corte de los Reyes Católicos, donde su tía tenía tanto predicamento. Era una flor lozana y atrayente, sensual y capitosa, más que un "*bocato di cardinal*", porque fué en realidad un bocado de Rey. Los ojos, siempre propicios, del Rey Fernando, hubieron de encandilarse en exceso con los juveniles encantos de Doña Beatriz. Tuvo siempre aquel buen Rey, de tan contradictorio perfil histórico, —Pío Baroja, el gran novelista, le ha llamado "*la estampa viva del maquiavelismo sin freno*"— una cualidad, para mí auténtica virtud, en la que sí están concordes todos los historiadores: su desmedida afición al bello sexo. Puede decirse que hasta le causó la muerte pues ya no hay dudas sobre la

historicidad de que fué, si no ocasionada, al menos precipitada por los afrodisíacos que para estar a la altura de la exultante juventud de su segunda esposa, su sobrina la gentil francesita Germana de Foix, ingurgitaba también sin freno y sin medida.

LOS AMORES DEL REY FERNANDO Y BEATRIZ.

La crónica escandalosa de aquel reinado —no la oficial y severa de Hernando del Pulgar, Jerónimo de Zurita, Diego de Valera, Andrés Bernáldez, Lorenzo Galíndez de Carvajal y otros que historiaron aquel denso período— sino la que recoge subrepticia los hilos internos e íntimos de la historia, los hilos invisibles que manejan a los muñecos humanos en el gran tablado de marionetas del destino, la crónica escandalosa, repito, recoge con los eufemismos del caso, pero con suficiente transparencia, algunos episodios de aquellos amores del Rey con la gentil damisela. El Conde Baltazar de Castiglione, —Embajador del Papa en la Corte española— y autor de “El libro del Cortesano” refiere algunas picantes anécdotas relativas a las relaciones, no tan sigilosas, del rey Fernando con la Beatriz mala. En decir del ingenioso diplomático, la joven Bobadilla era entonces famosa por su belleza y por los amores del Rey. Tan notorios eran éstos que un día se produjo la siguiente escena: Vivía en la corte un joven llamado Alonso de Carrillo, protegido del Rey, el cual, para castigarle ciertos errores juveniles de poca importancia, ordenó ponerlo en prisión. Liberado al día siguiente, el joven acertó a pasar por una sala donde estaban reunidas muchas damas y caballeros. Burlándose de este lance, la joven Bobadilla, la nuestra, la canaria adoptiva, le dijo:

—Señor Alonso, cuánto nos disgustó vuestra desventura porque todos los que os conocemos creíamos que el Rey os hacía colgar.

Y Alonso respondió, rápido como una centella:

—Señora, yo también tuve de ello gran temor: sin embargo, tenía la esperanza de que vos me pidiérais por marido...

La alusión directa —según Castiglione— era bien clara: En aquella época en España, como en otros muchos lugares,

era de usanza que cuando se llevaba a un hombre a la horca, si una meretriz pública lo demandaba por marido, se le perdonaba la vida, pues la afrenta se consideraba peor que la muerte.

Tal era, pues, la especial situación de nuestra heroína cuando llega a la corte el Señor de la Comera, Hernán Peraza, a responder de la muerte del noble caballero, amigo del Rey, Juan Rejón. El problema era peliagudo. Hernán Peraza era hijo de los bienquistos señores de Canarias, Doña Inés y Don Diego, y protegido de los religiosos de San Francisco, de tanto influjo en la Reina. Maquinó entonces ésta una treta de doble filo: casar a Hernán Peraza con la bella damita Beatriz que le causaba tanto encelado reconcomio. De este modo se libraba, alejándola, de una peligrosa rival y salvaba la vida del hijo de sus leales súbditos los Señores de Canarias. Y no fué precisamente Hernán Peraza quien, a pesar de cargar con mercancía averiada, se opuso al ingenioso plan: fué el propio Rey Don Fernando. Pero Doña Isabel era mujer entera y resuelta. La boda se hizo y Doña Beatriz, rumiando el dolor y el resentimiento, hubo de partir para su verdadero destierro en aquellas islas aun medio insumisas. Un destierro que ella procuró aliviar saciando en sangre o en amor irregular los bajos instintos de su alma que el exilio de su añorada corte hizo brotar como cizaña en campo estéril. Resulta curioso cotejar esta rígida, inflexible conducta de la Reina Católica frente a los amoríos de su esposo con su abierta norma en otros aspectos de la vida cortesana. La Reina Isabel se hacía siempre acompañar en sus continuas andanzas por mujeres muy bellas, porque así entendía enardecer el espíritu de sus guerreros.

DOÑA BEATRIZ EN SU EXILIO.

Con tan torcido ánimo llega a la Comera Doña Beatriz, aparentemente hacia fines de 1481 o principios de 1482. Ya las fechas comienzan a tener, para nuestro designio, importancia capital. Son las mismas fechas en que aparece más turbia la cronología colombina, los años de su fortuita recalada de naufrago en Portugal —que él mismo califica de milagrosa— de sus viajes a las islas de Madera, como traficante de azúcares, de su matrimonio con Doña Felipa Moniz de Perestrello, natural de

Porto-Santo, de sus desconocidos y numerosos viajes al servicio de los portugueses ejerciendo el confuso comercio de aquellas épocas, esclavos, maderas, oro y marfil, en rapiñadoras incursiones por las costas de la Mina de Oro, Senegal, islas de Cabo Verde, Guinea y el Níger. que los marinos lusitanos conocían perfectamente.

Doña Beatriz queda pronto sola en su isla de Gomera, pues el esposo tiene que cumplir en Gran Canaria la pena de guerrear por las armas de Castilla que le impusieran los Reyes. Pasea por aquellos solitarios andurriales sus juveniles sueños cortesanos, cegados en flor, y acumula lentos rencores que algún día desfogará trágicamente. Al regresar su marido se convierte en cómplice propicio, si no directa instigadora, de su tiránica conducta con sus vasallos, a los que abruma con tributos desmesurados y ofende con el humillante ejercicio de repelentes derechos feudales, entre los cuales debió de figurar el de pernada. Los isleños se sublevan y con ayuda del General de Gran Canaria, Pedro de Vera, presto en el auxilio, la revuelta se sofoca. Pero a poco, y con ocasión del amoroso lance de la princesa Iballa, de que ya os hablé, los gomeros conjurados arrebatan la vida a su tiránico señor. Y se inserta aquí el episodio más sanguinario que registra la historia de Canarias, una de las matanzas organizadas más abominables de todas las épocas, que no ha tenido la repercusión universal, la resonancia de otros hechos de menor bulto y crueldad, por el lejano escenario en que se fraguó y por el corto vuelo histórico —los anales de un pequeño archipiélago— de los cronistas que lo refieren, trasudantes de horror.

UNA HORRENDA MATANZA DE CANARIOS.

El horrendo suceso fué la venganza de la muerte de Hernán Peraza que llevó a cabo su abominable esposa, Doña Beatriz de Bobadilla, con la colaboración entusiasta de Pedro de Vera, su rendido servidor y quien sabe si solcito amante. Más de quinientos gomeros fueron ejecutados. El castigo asumió todas las formas de la barbarie: ahorcados, empalados, arrastrados y cuarteados: "*Mandó echar vivos a la mar con piedras amarradas a los pies y cuellos: cortó manos y pies vivos*", nos relata con espeluznante simplicidad un veraz historiador. Apenas quedó

en la isla un hombre vivo de más de quince años. Los niños y las mujeres fueron repartidos como esclavos. Y concluye el escritor: *“La Gomera quedó más despoblada que pacificada”*. Se dió entonces el famoso milagro de Pedro Aguachiche, un indígena gomero que vivía en Gran Canaria, adonde Pedro de Vera hubo de extender la vindicadora carnicería. Al intentar ahorcarlo, se desplomó la horca. Lo arrojaron al día siguiente, con piedras atadas, en alta mar, y apareció a poco en la costa libre y sin daño. Volvió a repetirse el castigo, esta vez, dice la crónica, *“atado a ley de Bayona y a dos leguas a la mar”* y nuevamente reapareció en la playa Pedro Aguachiche sano y bueno. El cual contaba: *“Luego que me echaron al agua llamé a Santa Catalina y vino a mí una mujer vestida de blanco caminando delante con dos luces, y vine andando y salí afuera como por aquí”*.

En el lugar de la costa donde ocurrió el milagro se levantó una iglesia a Santa Catalina, mártir de Alejandría, cuyo culto aún se conserva en una bella y minúscula ermita emplazada en uno de los rincones más pintorescos de la ciudad de Las Palmas.

OTRAS SANGRIENTAS HAZAÑAS DE DOÑA BEATRIZ.

Este sanguinario episodio, más digno de las crónicas de Nerón o Atila, que de una refinada beldad del Renacimiento, no es, sin embargo, el único de su especie en aquella conturbada existencia. Años adelante realizó por propia mano el asesinato de un notable de la Gomera que murmuraba de sus pecaminosas relaciones prematrimoniales con su segundo esposo, Alonso de Lugo, conquistador de Tenerife, y hubo también de hacer ahorcar en su propia estancia y en su presencia al supuesto noble caudillo de una de las tantas *grisquetas* que en la Gomera provocaron su vivir licencioso y su inhumana conducta.

La trágica vida de Doña Beatriz de Bobadilla, casada ya con Alonso de Lugo, enloquecedora Circe atlántica del Gran Almirante, progenitora de la famosa y noble línea de los Condes de la Gomera, tiene un final misterioso, acorde con el rojo trazo de su existencia. Muere súbitamente en Medina del Campo pocos días antes de que falleciera en la misma ciudad, el 26 de Noviem-

bre de 1504, la Reina Isabel la Católica. Las extrañas circunstancias de su muerte levantaron la sospecha, que hoy es casi certidumbre, de que fué una poderosa razón de Estado, o razón de familia, que tanto monta, pues su conducta empañaba los nobles blasones de los Bobadilla, y sobre todo los de su tía, la Camarera Mayor de la Reina, la que movió el oculto resorte que cortara instantáneamente, al modo de la época, el hilo vital de aquella insaciable Gorgona.

LA VIDA DE COLÓN DIEZ AÑOS ANTES.

Pero retrocedamos un poco, de diez a doce años, para tomar de la enmarañada existencia del Almirante genovés uno de los hilos que nos conducen a tangenciar su vida con la de Doña Beatriz de Bobadilla, a inscribir en su agitado discurso los densos episodios de sus relaciones con las Islas Canarias, esparcidos fragmentariamente a lo largo de sus anotaciones en el "Diario de abordo", y que la crítica histórica actual, complementándolos, rectificándolos y precisándolos, ha articulado ya en una doctrina compacta donde apenas quedan resquicios a la duda. No olvidemos nunca que como afirma el más completo biógrafo del Gran Navegante Don Antonio Ballesteros, el docto maestro, *"nada en la vida de Colón es incuestionable. La interrogación acompaña siempre a los momentos más dramáticos del héroe y la novela de su existencia, que supera, con lo emocionante de la realidad, todo lo imaginado por el mejor novelista, se encuentra a cada instante interrumpida por las opiniones encontradas de sus modernos narradores"*.

Los primeros contactos de Colón con el Archipiélago canario se establecen precisamente en esa etapa de su vida que va desde el año 1476, en que llega nadando a Portugal, hasta el 1485, en que arriba al Monasterio de la Rábida de Huelva, es decir, en el período más controvertido, de más intensas tinieblas, más deliberadamente oscurecido por él y por su hijo Hernando, de toda su movida existencia. A partir de su entrada en España y su providencial encuentro con Fray Juan Pérez, verdadero elegido de Dios en su camino, ya los pasos del gran nauta tienen una relativa mayor fijeza. Pero no así el período anterior, a pesar de

lo cual poseemos ya datos suficientes para fijar algunos rasgos con visos de verosímil realidad.

En sus nueve años portugueses anteriores al Descubrimiento, Colón desarrolló una actividad incansable, de un dinamismo excepcional. Viajó incontables veces a la Mina del Oro, Cabo Verde y lo que se llamaba entonces Guinea, que era la porción descubierta y conocida del Africa Occidental. Hizo muchas excursiones a la Madera, contrajo matrimonio, tuvo su único hijo legítimo, Diego Colón, enviudó, comerció por cuenta de los célebres banqueros italianos Centurioni, trabó relaciones epistolares con el sabio florentino Toscanelli, cuyo error cosmográfico tanto influyera en el éxito de la empresa descubridora.

PRIMERAS ESTADIAS DE COLON EN LAS ISLAS.

Y estuvo varias veces en las Islas Canarias. He aquí varias pruebas concluyentes. La primera nos la suministra su conocimiento de nuestro idioma. Cuando Colón llega a Castilla en 1485 los historiadores han demostrado —sobre todo el italiano De Lollis y el español Ramón Menéndez Pidal— que hablaba el castellano. El único lugar del mundo entonces conocido donde pudo haberlo aprendido, fuera de Castilla donde aún no había estado, era el Archipiélago canario, en el que desde 1402 vivían y peleaban hombres de Castilla, y cuyas islas menores, entre ellas la Gomera, estaban totalmente sometidas. En la travesía hacia las Costas Africanas, las corrientes marinas y los alisios del Nordeste —que son la causa determinante del suave clima de aquellas islas— conducen fácilmente la derrota de los navíos aproados hacia el Sur por aquellas isleñas latitudes. Nada de extraño tiene, pues, que Colón desembarcara en ellas y en ellas aprendiera nuestro idioma. Algún día será incluso posible detectar en su habla alguna huella privativa del arcaico léxico canario de la época.

Una segunda prueba, aún más concluyente, nos la proporciona la observación de Fray Bartolomé de las Casas que antes se transcribió parcialmente. Nos referimos a la anotación de su Diario fechado el 9 de Agosto de 1492. Reza así: “*Dice el Almirante que juraban muchos hombres honrados españoles que en*

la Gomera estaban con Doña Inés Peraza que eran vecinos de la isla del Hierro que cada año veían tierra al oeste de las Canarias, que es al Poniente". El diario consigna el nombre de *Doña Inés Peraza*, madre de Hernán Peraza y suegra de la Bobadilla, que ya conocemos. Pues bien: unos preciosos documentos que hoy día se conservan demuestran de manera indiscutible que Doña Inés Peraza se encontraba en Sevilla, otorgando tales documentos, en los meses de Agosto y Septiembre de 1492. Es decir, que no estaba en la Gomera cuando pasó Colón en su primer viaje. Aquellos honrados españoles que, juntos con otros de que luego nos ocuparemos, le hablaron al Almirante de las tierras del Oeste tuvieron que hacerle esas revelaciones cuando doña Inés Peraza residía en las Islas Canarias y, por tanto, en una etapa anterior al año 1492, lo que equivale a decir en alguno de sus nueve años anteriores de vida y servicios en tierras y mares de Portugal. Estas sensacionales noticias las debemos al sabio historiador canario Antonio Rumeu de Armas, sucesor del Prof. Ballesteros en la cátedra de Historia de la Universidad de Madrid.

Pero es que, antes de contar con esta prueba bien reciente, ya existían algunas que mostraban hasta donde llegaba la familiaridad de Colón con las cosas canarias, familiaridad que no podía haber alcanzado solamente en los días de su estancia en el primer viaje, días angustiosos, apresurados, llenos de incertidumbre y de zozobra, días cargados con la preocupación de las primeras contrariedades del gran crucero y del ansia sobrehumana de resolver el gran misterio del Océano Desconocido. Ese conocimiento tenía que haberse originado en escalas más detenidas, más pausadas, más tranquilas. Recordemos las frecuentes alusiones a cosas canarias que se enhebran en las páginas del diario colombino, donde asumen una importancia pareja a las que se refieren a Guinea, paraje éste que conocía muy bien Cristóbal Colón y con el que hubo de familiarizarse en sus frecuentes viajes, documentalmente probados.

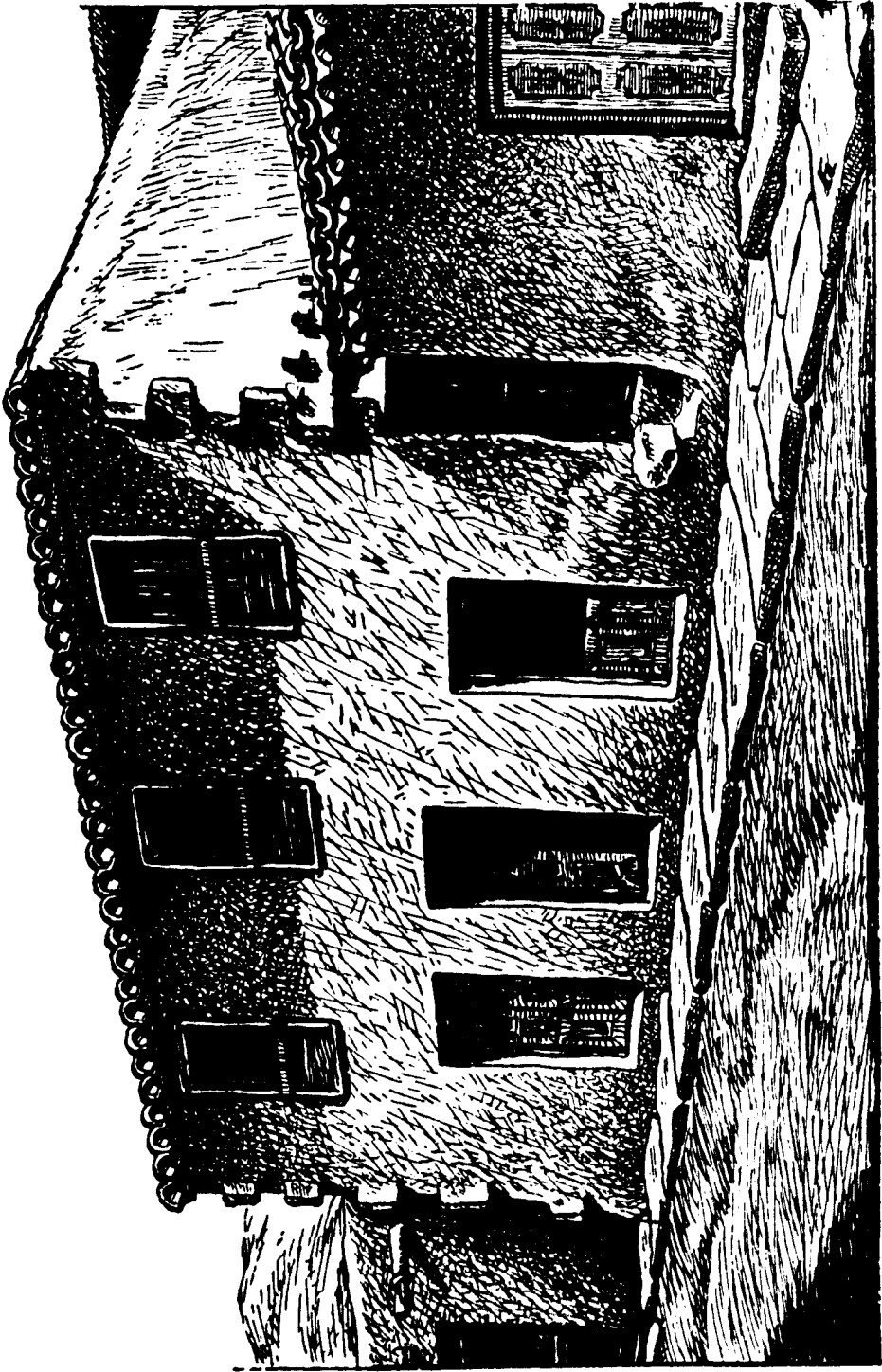
ALUSIONES A LOS CANARIOS EN EL DIARIO COLOMBINO.

Así, entre otros muchos, en uno de los pasajes de su Diario nos dice, refiriéndose a los habitantes de las nuevas tierras que

descubría: “Vieron gente desnuda... de muy fermosos cuerpos... y ellos son de la color de los canarios, ni rojos ni blancos...” O en el texto de su hijo Hernando: “Eran de color accitonado, como los canarios o los campesinos tostados por el sol...” Y más adelante, en el *Sumario* del P. Las Casas, correspondiente al 13 de Octubre, se dice: “Luego que amaneció vinieron a la playa muchos destos y... ellos ninguno prieto (negro) salvo (sino) de la color de los canarios...” Las alusiones son constantes, ya para las distancias, ya para las cualidades físicas de las islas, como por ejemplo el tamaño de la isla de la Tortuga, “que, describe, es grande como la isla de Gran Canaria”; o las alturas de algunos montes, que reputa tan altos como la isla de Tenerife; el recuerdo de las conchas “que se pescan en Canaria y se venden en tanto precio en la Mina de Portugal...”, etc., etc. Y existe todavía un episodio más significativo. Cuando las naves colombinas recalán frente a las islas, en el primer viaje, anota el *Sumario* de Las Casas, el miércoles 8 de Agosto, que “hubo entre los pilotos de las tres carabelas opiniones diversas de donde estaban y el Almirante salió más verdadero”. Colón dictaminó, frente a la opinión de marinos tan avezados a aquellas rutas como el propio Martín Alonso Pinzón, que aquella isla que veían era Gran Canaria, y acertó. ¿De dónde pudo venirle esa certeza infalible sino de un completo conocimiento anterior de las costas de la isla? Para todos los historiadores actuales es ya un axioma indiscutible este conocimiento por Colón del Archipiélago canario muy anterior a los días de sus viajes descubridores al Nuevo Mundo.

EL PILOTO DESCONOCIDO.

Y volvemos a toparnos aquí con el tan debatido problema del piloto desconocido que entregara a Colón una carta de ruta posteriormente decisiva en su empresa náutica. Sobre el controvertido particular se han aducido, entre otros muchos testimonios, lo que dice Hernando en la biografía de su padre, López de Gómara en su famosa “Historia de la India”, que localiza el hecho en la isla de la Madera, y las largas explicaciones, sin tomar partido, del Padre Las Casas, que dedica al asunto un largo y prolijo capítulo del libro primero de su famosa Historia.



Casa de la Villa de San Sebastián de la Gomera que la tradición popular viene señalando desde hace siglos como residencia de Colón durante su estancia en aquella isla. (Dibujo del artista canario José Hurtado de Mendoza).

El núcleo central de la habrilla que nos refiere el padre dominico es, sustancialmente, el mismo que acogen todos los cronistas. *“Dijose que una carabela o navío que había salido de un puerto de España (que no acuerdo haber oído señalar el que fuese, aunque creo que del reino de Portugal, se decía) y que iba cargado de mercaderías para Flandes o Inglaterra, o para los tractos que por aquellos tiempos se tenían, la cual corriendo terrible tormenta y arrebatada de la violencia e ímpetu della, vino diz que a parar a estas islas (América) y que aquesta fué la primera que la descubrió.”*

El piloto que la dirigía fué recogido enfermo en la casa de Colón y antes de expirar le entregó a éste una carta *“con los rumbos y caminos que había llevado y traído”*. La leyenda es luego recogida y comentada copiosamente hasta que el inca Garcilaso de la Vega, en sus *“Comentarios reales”* aparecidos en 1609 da preciosos detalles que conoce por su padre, quien los oyó de labios de compañeros de Colón. Por primera vez llama al piloto Alonso Sánchez de Huelva. El sabio historiador de Colón, Ballesteros Baretta, después de pasar revista a la legión de opiniones vertidas en pro y en contra de la historieta del piloto, no cree en la conseja y la estima un cuento de marineros, pero concluye diciendo que hasta el presente todo está en el aire y envuelto en tinieblas.

Sin embargo, la conseja —como la llama Ballesteros— o la historia, como la reputan otros, alcanzó siempre ecos de extendida credulidad en las Islas Canarias. Un escritor tan concienzudo como Viera y Clavijo, el primero que realizó un intento completo para reconstituir la historia del Archipiélago, la recoge con absoluta seriedad y por primera vez en letra impresa asegura que la entrega del mapa revelador, así como la muerte de Alonso Sánchez de Huelva y sus tres compañeros, tuvieron por escenario la casa que en la isla de la Gomera tenía Cristóbal Colón, vecindado allí después de haberse casado en la Madera. En apoyo del hecho histórico cita Viera un suceso que había ocurrido hacía pocos años: una nave salida de Lanzarote para Tenerife, cargada de trigo, a la que una tempestad hizo perder la altura y que forzada por el impulso del viento recaló sobre las costas de Caracas.

UN ROMANCE COMERO DESCUBIERTO POR UN FRAILE.

Esta firme creencia insular en la aventura del piloto desconocido acaba ahora de verse reforzada con la publicación de un bello romance que también sitúa el episodio en La Gomera. El romance en cuestión, según afirma el primer cronista que lo imprimió, con muy corta difusión, el año 1929, fué recogido del acervo popular de aquella isla por Fray Bernardino de Ramos, Provincial de la Orden de San Francisco, en visita oficial a San Sebastián de la Gomera, en 1573, es decir sólo veinte años más tarde de empezar a escribir el Padre Las Casas su monumental *Historia General de las Indias*.

De este manuscrito, perdido, se hizo una copia en 1671 que fué propiedad de los Condes de la Gomera, en cuyo archivo paraba. El romance tiene toda la frescura, la ingenua gracia, el acento arcaico y hasta la imperfección métrica y de rima de las obras populares de la época. Para juzgar de su veracidad tenemos un testimonio: nos da la noticia de que la enfermedad conocida por las bubas —la avariosis moderna— fué traída a las islas por los tripulantes compañeros de Alonso Sánchez. Y, en efecto, los primeros atacados de ese mal que registra la historia canaria son Guillén Peraza, hijo de la Bobadilla, y Fernando de Lugo, su hermanastro, hijo del segundo marido de la Señora de la Gomera, los cuales eran precisamente habitantes de esta misma isla adonde arribaron los enfermos.

He aquí el romance:

Ya Canaria conquistada
a la Gomera arribó
una nave empavesada
por buen tiempo que corrió
al ser en Cádiz armada
con Colón aquí fondeó.

De aquesta tierra gomera
el gran marino habitó
la casa que le ofreció
Diego García de Herrera
la que su hijo heredó
y después gozó su nuera.

Y sucedió en aquel tiempo,
cosa digna de contar,
que por fuerte temporal
de mar recia, lluvia y viento,
la nave de un *nautical*
corrióse a lejano puerto.

Ya en tierra desconocida
sus caciques-indorinos
en tan penosa jornada
al *nautical* y marinos
—con motivo a la arribada—
tratáronles cual divinos.

Hizo el nautical del viaje
un derrotero y buen plano,
levó anclas, tomó aguaje
y partió del suelo indiano
con su nave al capeaje
cierto día de verano.

Se enfermaron los marinos
durante el viaje do fueron
de tumores, que por descuido
sin curarles ellos dejaron;
algunos destos murieron.
y seis, tornaron malignos.

II

Pero Fernández contó:
"Que vió una isla poblada
"que su gente iba pintada,
"y que en ella pernotó"
mas Juan Bermúdez afirmó
todo lo que aquél narraba.

Pedro Francés nos hablaba
de esa tierra y con encanto;
también Franco Nuño daba
más noticias, mientras tanto
Juan de Umbría sospechaba
fuese el Paraiso Santo.

Surcando olas violentas,
rota en la nave sus gavias,
las gentes, muy fiebrolentas,
perdidas casi sus *sabias*
maltrechos por las tormentas,
llegaron a las Canarias.

De tal fusta marinera
los horrores del naufragio
lloró la villa gomera
Y Colón, aquí, en espera,
tendió en su casa agasajo
cual pudo y a su manera.

Luego, y a los pocos días,
fallecía el nautical
de tan incurable mal

y Colón por simpatias
le sufragó el funeral
y aquellos, sus estadias.

Dicho derrotero y plano
los recogió el genovés
para su entrega a un huelvano
y como tuvo a su mano
documentos de interés,
los conservó muy ufano.

III

Ya referimos lo grave.
En dos años que vivió
hacia España con su nave
y la otra que arregló
desde aquí, Colón partió
a Cádiz, con viento suave.

Por ser el muerto atendido,
cedióle en Huelva, un pariente
a Colón, muy complacido,
el derrotero, excelente,
y aquel plano conocido
que iluminaron su mente.

Por los documentos vió
que el nautical había ido
a regiones que soñó
el gran Séneca instruído
y ese secreto guardó
para darle buen destino.

De ayuda al Descubrimiento
de las tierras, y con denuedo
dado su conocimiento
nuestro morador gomero
salióse de Huelva, luego
de conseguido su intento.

Colón, con aquel secreto
y otro que había adquirido
de antemano más completo
con aplomo y buen sentido,
descorrer quiso lo ignoto
por ser un hombre entendido.

Y al correr el año, presto,
Colón sube a Portugal
y en la Corte, ya depuesto
ante el Consejo Real
el discutido proyecto
no consigue su ideal.

IV

¡Oh, qué triste desventura
sufrió el genovés Colón
allá, donde con locura
prisión dió a su corazón
al ver su gloria insegura
y su fama casi al baldón!

Por no poder encontrar
quien tendiese protección
a su proyecto, y triunfar,
disgustado por la acción,
Colón se marchaba al mar
a disipar su aflicción.

Visita con devoción
vestido de peregrino

y en santa resignación
de Galicia, su Patrón
Santiago, ¡Apóstol divino!
y ante él hace oración.

Con firme y sana entereza
le ofrece, por ser cristiano,
toda la vida que aprecia
vestir sayo franciscano
y cumplir esta promesa
con favor de galiciano.

Por este voto ofrecido
mandó labrar un retrato
a un judío de su trato
muy bello y enegrecido
el que siempre, y con recato,
juró llevarlo consigo...

El mundo desconocido
vió Colón en lontananza
y cual fruto apetecido
a su triste bienandanza.
jamás perdió la esperanza
darlo a su España rendido.

El romance, como resaltan sus glosadores, está lleno de afirmaciones veraces junto a algunas inaclaradas hasta hoy. Pero nadie puede dudar del fondo de verdad que siempre encierra la poesía popular, sobre todo la de aquella época, tornavoz ágil y fiel de los sucesos que impresionan la mente del pueblo. ¿No está acaso gran parte de la crónica medieval de España historiada sobre los sencillos versos, cargados de verdad y de belleza, del Poema del Mío Cid? ¿Quién duda de la condición de pura fuente cristalina que el "mester" de los juglares asumiera en la labor reconstructora de aquellos fragmentos de nuestra historia? Ahí queda el romance y su reiterada afirmación. Vox populi, vox Dei.

COLÓN Y DOÑA BEATRIZ DE BOBADILLA.

Demostrada la presencia de Colón en las islas antes de su hazaña descubridora, se justifica plenamente, no sólo su cono-

cimiento seguro de las rutas que a ella conducían, su familiaridad con sus gentes y sus cosas, sino inclusive su pertinaz empeño en alcanzar desde el primer viaje las costas de la Gomera, en que había vivido. Pero es aquí donde vuelve a surgir la figura torivamente perfilada de Doña Beatriz de Bobadilla. La Bobadilla llegó a la Gomera en 1482, es decir, dentro del lapso que Colón consumió en sus andanzas lusitanas. Pudo muy bien el navegante conocerla en su propia isla desde aquel año hasta el 1485 en que aparece en Huelva. Pudo incluso sucumbir a sus evidentes encantos —los encantos que encandilaron al Rey Fernando— cuando el esposo estaba ausente combatiendo en Gran Canaria. ¿De dónde viene, si no, esa prisa de Colón por llegar a la Gomera, sin esperar siquiera que la *Pinta* arribe a Gran Canaria a reparar su timón? Pero en el primer viaje no la encuentra porque la dama se hallaba en Gran Canaria, auxiliando a Alonso de Lugo. Le dan sus noticias y las consigna en su Diario. La Señora de un minúsculo Señorío no hubiera merecido esa fiel recordación de no haber existido otras circunstancias que la hicieran inolvidable. Y la prueba rotunda de la existencia de estas otras circunstancias nos la da la famosa carta del piloto italiano Michele Cúneo, de una noble familia de Savona, dirigida a Gerolamo Aunari, amigo de Bartolomé Colón, y que es una de las mejores fuentes para historiar el segundo viaje del Navegante, cuyo propio y autógrafo Itinerario sufrió lamentable extravío. Michele Cúneo era piloto de una de las naves y refiere así la estancia de la armada colombina en la Gomera:

“En aquel lugar se hicieron tan grandes muestras de triunfo y tiros de bombardas y lanzafuegos, que serían largos de contar. Y esto fué hecho por razón y en honor de la señora de dicho lugar (Doña Beatriz de Bobadilla, ya viuda de Hernán Peraza) de la cual en otro tiempo nuestro señor Almirante estuvo tocado de amores” (tincto d’amore). En esta antigua aventura amorosa puede estar la razón determinante de este empeño de Colón en pasar por la Gomera, donde le aguardaban los brazos ardientes de Doña Beatriz, mujer sin duda alguna de hondo encanto femenino y de rara atracción.

En el tercer viaje vuelve Colón a la Gomera, pero esta vez se encuentra a Doña Beatriz casada con Don Alonso de Lugo.

Los nuevos señores le acogen hospitalariamente y le llenan sus naves de bastimentos valiosos. No olvidemos que las Islas Canarias son casi el granero y la cabaña de gran parte de la futura riqueza vegetal y animal del Nuevo Mundo. En el segundo viaje se llevaron ocho puercas de donde, según el P. Las Casas, “*se han multiplicado todos los puercos que hasta hoy ha habido y hay en las Indias. Metieron también gallinas, pepitas y simientes de naranjas, limones y sidras, melones y de toda hortaliza. Esta fué la simiente de todo lo que hoy hay acá de las cosas de Castilla*”, concluye el dominico.

En el cuarto viaje no aporta Colón a la Gomera. Pero ya el Almirante no era el de sus años anteriores. Era un hombre derrotado, envejecido, desalentado. Entre el tercero y el cuarto viajes se intercala la dolorosa página de su prisión y de su venida a España aherrojado. Es una peripecia que cobra nueva significación y más dramático sentido cuando se sabe que el personaje protagonista de la ensañada persecución al Almirante, el famoso Comendador Francisco de Bobadilla, que trató al gran navegante de forma “*miseranda y miserable*”, a juicio del P. Las Casas, era padre de Doña Beatriz, la Circe gomera que cautivó a Colón, escandalizó a sus vasallos, avergonzó a sus familiares y acabó envenenada quizás por ellos mismos. ¿No habrá habido en esa sañuda conducta del Comendador Bobadilla, excedido y desmedido en sus funciones, un intento sigilosamente vindicativo por parte de un padre contra el impune amador clandestino de su hija? He aquí un problema de índole casi psicoanalítica que se brinda a los amantes de escudriñar los oscuros y misteriosos resortes humanos de la historia.

NUESTRO LEGITIMO ORGULLO DE CANARIOS.

Y nada más, amigos. Hemos terminado ya esta rápida excursión por el pasado de las Islas Canarias, un pasado que no obstante nuestro origen europeo se inscribe en la historia de la humanidad en un total paralelismo, en absoluta simultaneidad, con el de las Repúblicas americanas, surgidas al mismo tiempo que nosotros a la civilización cristiana. A vuestro crecimiento, a vuestro desarrollo político y económico, al rápido proceso de vuestra genuina civilización y a vuestro admirable progreso

material y espiritual, hemos aportado los canarios, en una ininterrumpida afluencia de cinco siglos, una buena parte de nuestras mejores energías, la flor de incontables generaciones. Por poseer tantos vínculos hondos —el acento de nuestra peculiar habla castellana, la similitud de nuestra idiosincracia, el mismo sentido pausado y lírico de la existencia, el mismo amor a la libertad y al trabajo—, por haber teñido vuestra existencia de modo tan indeleble, y haber recibido de vosotros en cambio la sabia generosa de vuestra riqueza, he creído que podría interesaros este fragmento canario de la historia del Gran Almirante del Mar Océano que hoy os he ofrecido.

En la puerta del Museo-Casa de Colón que atesora Las Palmas de Gran Canaria campea este lema:

“Sin la aportación de Canarias, Colón no hubiese podido llevar adelante su mágica empresa”.

Salvando lo hiperbólico, lo cariñosamente hiperbólico que pueda tener la expresión, creo haberos probado su verdad esencial, creo haberos persuadido de que, aunque de apariencia minúscula, de condición tenida hasta ahora por trivial e inoperante, la aportación del orbe canario —su geografía física, sus hombres, sus mujeres y sus cosas— a la gesta del Descubrimiento tuvo la calidad de un activo catalizador que por sutiles caminos y ocultos medios actuó eficazmente en aquella gran obra colectiva que puso a prueba, a victoriosa prueba, la capacidad total de nuestra raza. Es éste uno de los más caros y legítimos orgullos de todo buen canario. Vosotros sabréis disculparnoslo porque en fin de cuentas este nuestro legítimo orgullo sólo demuestra cuáles son los quilates de la estimación, de la admiración y del amor que hacia vosotros, los americanos, siente profundamente el pueblo de aquellas islas atlánticas.

I N D I C E

	<i>Páginas</i>
El papel de Canarias en el Descubrimiento	3
Breve cuadro histórico del Archipiélago Canario	6
Las primeras noticias escritas	7
El enigma racial de los guanches	8
El idioma de los indígenas canarios	9
Los canarios no conocían la navegación	10
La legendaria bravura de los isleños	11
Etapas de la conquista	11
La bella leyenda de Tenosoya	12
<i>La conquista de las islas señoriales.</i>	
Un romance del 400	14
Hernán Peraza y la muerte de Juan Rejón	15
Marco familiar de la Bobadilla	17
La Bobadilla futura señora de Gomera	18
Los amores del Rey Fernando y Beatriz	19
Doña Beatriz en su exilio	20
Una horrenda matanza de canarios	21
Otras sangrientas hasañas de Doña Beatriz	22
La vida de Colón diez años antes	23
Primeras estadías de Colón en las islas	24
Alusiones a los canarios en el diario colombino	25
El piloto desconocido	26
Un romance gomero descubierto por un fraile	28
Colón y Doña Beatriz de Bobadilla	30
Nuestro legítimo orgullo de canarios	32

**Este folleto se acabó de
imprimir en los talleres de la
Imprenta de la Universidad de la Habana,
el día quince de Diciembre de mil
novecientos cincuenta y seis.**

.

